

ron gracia sino diez ó doce que dijeron eran católicos.¹ De este arte el fanatismo, queriendo enaltecer á la divinidad, la deprime, porque la hace capaz de aconsejar asesinatos preditorios.

Dejó Menéndez insepultos á los franceses que pasó á cuchillo,² y regresó á San Agustín. No bien había llegado cuando nuevamente recibió noticia de que por la playa andaban otros muchos franceses con Jean Ribaut; violentamente sale á encontrarlos el 10 de octubre y á otro día, al amanecer, les encuentra;³ eran 350 franceses; los demás habían muerto ó se habían acogido bajo los caciques indígenas. Nuevamente también recurre Menéndez de Avilés á su estratagema criminal y logra fácilmente la rendición de Ribaut y 150 compañeros; los otros se retiraron al monte prefiriendo perecer de hambre: fríamente hace entonces Menéndez de Avilés que se degüelle á todos los que se habían entregado á su misericordia; Jean Ribaut, antes de que le mataran, «empezó á decir el salmo de *Domine memento mei*, y acabado, dixo que de tierra era y que en tierra se había de volver, que veinte años más á menos, todo era una cuenta;»⁴ á este tiempo «El capitán (Juan) Sant Vicente (después de quitarle un rico fieltro que llevaba), le dió una puñalada En la olla, y Gonzalo de Solís (de Merás) le atravesó por los pechos Con una pica que lleuaua, y cortaronle la caeza.»⁵

Aunque no hubo entre los franceses un sólo católico ni ninguno que quisiera decir que lo era para salvar su vida, perdonó sin embargo Menéndez de Avilés á dos muchachos y á un pífano, un tambor y un trompeta,⁶ no por misericordia, que seguramente nunca la sintió, sino porque le hacían falta en su ejército; desde Cadiz venía buscando pífanos y atambores.⁷

1 Ibidem, págs. 115-16

2 Ibidem, págs. 117-21.

3 Menéndez de Avilés, op. cit., pág. 88.

4 Solís de Merás, op. cit., pág. 126.

5 Barrientos, infra, pág. 69.

6 Menéndez de Avilés, op. cit., pág. 103.

7 Ibidem, pág. 65.

En carta dirigida á Felipe II el 15 de octubre, se vanagloriaba Menéndez de Avilés de que de 1,000 franceses había ejecutado á casi todos, pues no quedaban con vida en la Florida sino 150, que se proponía aniquilar en breve; no contaba á los pocos que se escaparon con Laudonnière;¹ el monarca contestó que aquellas ejecuciones fueron hechas «con toda justificación y prudencia, y Nos tenemos dello (añadía) por muy servido:»² el criado había sabido interpretar á maravilla las ideas y sentimientos del amo.

Dignóse asimismo el papa San Pío V escribir á Menéndez de Avilés, con el objeto principal de encomiar *los bastantes y copiosos méritos de la virtud y nobleza de éste.*³

Hubo en cambio entre los mismos soldados de Menéndez de Avilés quienes le censuraran acremente su conducta y le notaran de cruel: por cierto que para destruir este cargo, Bartolomé Barrientos osa decir que si no hubieran sido degollados los luteranos, «auia gran Razon porque el xptianisimo Rey de francia se quejase á nro poderoso y alto Rey don philipe del Adelantado:»⁴ no podía el autor ignorar que al tener noticia los franceses de las matanzas perpetradas por Menéndez de Avilés, «manifestáronse extraordinariamente ultrajados por una tan cobarde traición y por una tan detestable crueldad: y sobre todo cuando supieron que los traidores y asesinos, en lugar de ser reprendidos y castigados en España, eran allí alabados y honrados con los mejores estados y honores.»⁵

También los naturales de la Florida, á la muerte de los franceses, mostraron «mucho sentimiento por su perdición. . . .» (escribía Menéndez de Avilés), que es cosa de admiracion ver

1 Ibidem, pág. 103.

2 En Ruidiaz y Caravia, op. cit., tom. II, pág. 363.

3 Ibidem, pág. 299.

4 Infra, pág. 71.

5 La Reprise de la Floride par le Cappitaine Gourgue. En Ternaux-Compans, op. cit., vol. XX, págs. 305-6. Esta relación, escrita probablemente por Dominique de Gourgues, el intrépido vengador de Ribaut, se imprimió en París por 1a. vez con la obra de Laudonnière, el año de 1586.

como estos luteranos trayan encantada á esta pobre gente salvaje:»¹ poco después volvía á decir que todos los naturales eran «grandes amigos de los franceses.»² ¡Cuán enemigos por el contrario de los españoles!

Las razones de esa amistad y de esa enemistad saltan á la vista. Los españoles, de carácter soberbio, rudo y violento, bastante exacerbado por sus largas y sangrientas luchas contra los moriscos, fuertemente movidos además de insaciable ambición y exaltados hasta grado sumo por crudelísimo fanatismo; veían en los indios á seres «más semejantes á bestias feroces que á criaturas racionales,»³ y como á tales les trataban: creían que por ser gentes sin fé, podían indiferentemente violar á sus mujeres é hijas, «matarlos, cautivarlos, tomarles sus tierras, posesiones y señoríos é cosas, é dello ninguna conciencia se hacia.»⁴ Los franceses, de carácter alegre, comunicativo y amable, un tanto desprendidos y de espíritu religioso moderado, cuando no excéptico, miraban en los naturales á seres humanos inteligentes, más robustos, más ágiles y más hermosos que ellos,⁵ y no les despojaban de sus riquezas, ni les arrebataban su libertad, ni esturpaban á sus mujeres é hijas, ni tampoco les asesinaban, sino que les trataban afablemente como á iguales. Por esto el mismo Menéndez de Avilés tenía que decir: «aquellos indios, en lo general, son mas amigos de los franceses, que los dejan vivir con libertad, que no míos ni de los Teatinos, que les estrechamos la vida; y mas haran los franceses por esta causa en un dia que yo en un año.»⁶ No nos explicamos como el ilustre americanista Paul Gaffarel ha podido indicar que á causa de que sus com-

¹ Op. cit., pág. 87.

² Ibidem, pág. 92.

³ El Obispo fray Juan de Quevedo. En fray Pablo de la Purísima Concepcion Beaumont. Cronica de la Provincia de los Santos Apostoles S. Pedro y S. Pablo de Michoacan, México. Imprenta de Ignacio Escalante. 1873-74. Tom. II, pág. 128.

⁴ Carta escrita en 1516 por varios Padres de la Orden de Sto. Domingo, residentes en la isla Española. En Colec. Docs. de Indias, tom. VII, pág. 401.

⁵ Le Challeux, Le Moyne y Laudonnière, obras citadas, pássim.

⁶ Op. cit., pág. 230.

patriotas no mataban ni corrompían á las razas indígenas, fracasaron en sus colonizaciones: es una blasfemia de lesa humanidad; felizmente el insigne americanista se apresura á atenuarla inmediatamente observando que al menos el recuerdo de los franceses no es maldecido, y que tal vez sea preferible para el honor nacional haber fracasado, «pero tener las manos limpias de esta sangre aborrecida.»¹

§ 9.—LOS INDÍGENAS.

CRAN en lo general los de la Florida de color aceitunado, de gran corpulencia, bien proporcionados y hermosos; su pelo, muy negro y largo, quedaba recogido con gracia arriba de la cabeza; andaban desnudos, excepto un taparrabo de piel suave de venado; muchos de ellos, especialmente los señores ó caciques, traían bellos tatuages en el pecho, brazos y muslos.²

Su color propio tiraba algo al rojo;³ el aceitunado era producido por las unciones de aceite que acostumbraban entre sí.⁴ Cabeza de Vaca escribe: «como son tan crecidos de cuerpo, i andan desnudos, desde lexos parescen Gigantes. Es gente á maravilla bien dispuesta, mui enjutos, i de mui grandes fuerzas, i ligereza.»⁵ El mismo autor manifiesta adelante: «Vèn, i oien mas, i tienen mas agudo sentido, que quantos Hombres Yo creo que ai en el Mundo.»⁶ Laudonnière habla de un hijo del cacique Saturiba, llamado Atore, «hombre que oso decir perfecto en belleza, prudencia y de honorable continente, mostrando por su modesta gravedad merecer el nombre que lle-

¹ Op. cit., págs. 87-8.

² Laudonnière, op. cit., págs. 6-7.

³ Le Challeux, op. cit., pág. 260.

⁴ Laudonnière, op. cit., pág. 12.

⁵ Naufragios, pág. 8.

⁶ Ibidem, pág. 28.